6780

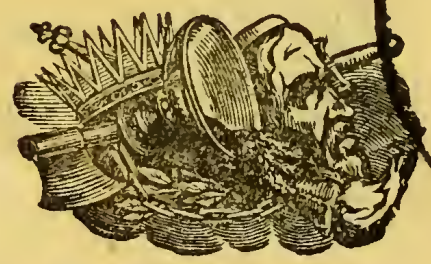
EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

MARIA Y LEONOR,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
PROPERTY OF
LIBRARY
AT CHAPEL HILL

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1863.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva
Echar por el ajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes
El marques y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los amantes de Chinchon
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españo
Los dos inseparables.
La pesadilla de un caser
La hija del rey Renè.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Br
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Fernan
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos
La escuela de los perdid
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Cari
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exotica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (a
La calle de la Montera.
Los pecados de los padre
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento.
La agenda de Correlarg
La cruz de oro.
La caja del regimiento.
La planta exotica.

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.

MARÍA Y LEONOR.

250658

MARÍA Y LEONOR,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

ORIGINAL DE

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Estrenada en el Teatro del Príncipe el dia 16 de Enero de 1863.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1863.

PERSONAS.	ACTORES.
LA CONDESA.....	Sra. D.ª Matilde Diez.
LEONOR.....	Sra. D.ª Rosa Tenorio.
FULGENCIO.....	Sr. D. Manuel Catalina.
D. ALFONSO.....	Sr. D. Antonio Pizarroso.
LUPERCIO.....	Sr. D. Juan Catalina.
D. BERNARDO.....	Sr. D. Juan Casañé.

La accion pasa en el Cabañal de Valencia.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada El Teatro, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y de cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Fachada de la alquería de D. Alfonso, en el foro, con puerta practicable, que deja ver á corta distancia un jardin y en lontananza el mar. Á cada lado de la puerta habrá una reja con persianas corridas, y un espeso emparrado dará sombra á la entrada de la alquería.

ESCENA PRIMERA.

La CONDESA. LUPERCIO. Llegan por la derecha.

COND. No pasemos adelante:
esa es la finca rural
que busco.

LUP. Es fácil aquí
una por otra tomar
cuando en calles y viviendas
hay tanta uniformidad.

COND. Esa es: tiene un emparrado
que no tienen las demas.
Llame usted.

LUP. (Acercándose á la alquería.)
Voy... Es inútil;
que asoma por el zaguan
quien puede darnos razon...
(Aparece Leonor saliendo de la alquería y dirigiéndose á la izquierda del foro.)

608344

me lo propuso, y ya cuento,
por algo se ha de empezar,
con una cabaña.

LEONOR. Sí?

COND. Mas tan reducida y tan...

LEONOR. ¿Dónde...

COND. (Señalando á la derecha.)
Ahí, pared por medio
de esta alquería.

LUP. Cabal.

COND. Y en el terreno que ocupan
las dos, puedo edificar
una habitacion que llene
todos mis deseos.

LEONOR. (Con frialdad.) Ya.

COND. Es excusado añadir
que con placer singular
compraria yo esta finca.

LEONOR. Dudo yo que esté venal;
y, en todo caso, conmigo
no habria usted de tratar,
sino con el dueño.

COND. Es claro.

LEONOR. Y ha salido, y no vendrá
tan pronto...

COND. (Levantándose, y se levantan tambien Leonor y Lupercio.)
Yo volveré.—
Por quién he de preguntar?;
que áun no sé cómo se llama...

LEONOR. Don Alfonso Mercadal.

COND. Á un jóven de ese apellido
trato con intimidad.

LEONOR. ¿Quién...

COND. Don Fulgencio...

LEONOR. ¿Qué escucho!

COND. Pariente suyo quizá...

LEONOR. Es su hijo.

COND. De véras?

LUP. (Su hijo!)

COND. Qué feliz casualidad!
(Á Lupercio.)

No sabia yo que fuese
vecino del Cabañal
nuestro amigo.

LUP. Y propietario
justamente del hogar
que usted desea adquirir.

COND. Ahora bien, mio será;
que es Fulgencio muy galante
y tal su amabilidad,
que no negará á mis ruegos
su intercesion eficaz.

LEONOR. (Ah!)

LUP. Nadie, y ménos que nadie
Fulgencio, rehusará
servicio tan subalterno
á dama tan principal.

LEONOR. (Cielos!)

COND. (Aparte con Lupercio.)
Creo que se turba.

LUP. Sí, algo...

LEONOR. (Será su galan?)

COND. Y espero que usted tambien,
hermosa...
(Aparte con Lupercio.)
Lo es en verdad.

LUP. No tanto... (Ah!)

BRND. Me hará el obsequio
de influir con su papá...

LEONOR. No es mi padre Don Alfonso.

COND. (Aparte con Lupercio.)
No son hermanos! ¿Serán...
amantes...

LUP. ¿Quién sabe...

LEONOR. ¿Huérfana
desde la más tierna edad,
soy pupila suya; pero
no le amaria yo más
si fuera mi padre.

COND. Aplaudo
ese tierno amor filial
y envidio... (Oh tristes memorias!)
Pero volvamos á hablar

de la finca. Lo confieso,
es mi empeño tan tenaz,
que á cualquier precio...

LEONOR. Si usted,
dama de alta calidad,
cuando, lo debo inferir,
tiene sobrado caudal
para levantar palacios
y puede con dignidad
morar en ellos, codicia,
por un capricho fugaz
sin duda, la posesion
de este rústico solar;
considere usted, señora,
cuánto atractivo tendrá
para quien bajo ese techo,
que yo aprendí á venerar
desde niña, tantos años
gozó de dicha y de paz.
No, no querrá Don Alfonso
su alquería abandonar;
que si fastuosa no ostenta
timbres de alcázar feudal,
en ella—ay Dios! fallecieron
sus padres que en gloria están.
Y cuando mi buen tutor,
fiel y bravo militar,
con más heridas que medros
volvió á su suelo natal,
la salud y la alegría
logró en ella recobrar;
y unida á su corto sueldo
la herencia patrimonial,
puede, si con lujo nó,
con decoro y sin afan,
prometerse á nuestro lado
dulce vida patriarcal,
¡que más allá de la mia
quiera el Cielo prolongar!

COND. No hay goces que se comparen
en la humana sociedad
con los goces de familia;

pero la época actual
propende á ensanchar su esfera,
y es sobrada austeridad
cuando la buena fortuna,
merecida aunque casual,
llama, niña, á nuestra puerta,
no abrirla de par en par.
¿Qué perderá Don Alfonso
en venderme este local
cuando yo vengo resuelta
á doblar, á triplicar
su precio?

LEONOR. (Enternecida.) Es de agradecer
tanta generosidad,
señora, y no seré yo,
aunque con harto pesar
dejaria esas paredes
asilo de mi orfandad,
no seré yo quien se oponga
hoy ni nunca al bienestar
del que cuidó de mi infancia
con ternura paternal...
y de... su hijo. Á la de ambos
someter mi voluntad,
es grato deber de mi alma
agradecida y leal.

COND. (Levantándose, y hacen lo mismo Leonor y Lupercio.)
(Lágrimas!...) Si llora usted
dará al traste con mi plan;
que no tengo, yo, hija mia,
entrañas de pedernal.
No turbe, no, mi egoismo
ese apacible solaz
de una vida sin zozobras,
campestre, pura, frugal
en que funda usted su dicha.

LEONOR. ¿Y por qué se ha de privar
usted... Mi tutor acaso
y Fulgencio aceptarán...

LUP. Y algun feliz expediente
podrá acaso conciliar

los deseos de ambas partes.
Puede haber un tribunal,
desconocido en la curia,
que dicte, sin apelar
á la ley de expropiacion,
una sentencia arbitral,
ex æquo et bono...

COND. (En voz baja.) Lupercio!
LUP. He dicho.
COND. Adios. Tiempo habrá
de ventilar ese asunto,
que, por cierto, no es vital
para mí. Perdone usted
que le haya hecho demorar
su visita...
LEONOR. Oh! no era urgente...
COND. Y permita que, en señal
del afecto que me inspira,
bese...
LEONOR. Honra usted mi humildad.
(Se besan.)
COND. Qué linda!—¿El nombre...
LEONOR. Leonor.
COND. Bonito, y nada vulgar.
LUP. Reinas se honraron con él
en España y Portugal,
Calderon le hizo famoso;
pero ya—fatalidad!—
no queremos ser castizos
ni en la pila bautismal.
COND. (Retirándose de la alquería con Lupercio.)
Adios, Leonorcita.
LEONOR. Adios.
(Me encanta... y me hace temblar!)
(Desaparece por la izquierda del foro.)

ESCENA III.

La CONDESA. LUPERCIO.

COND. ¡Qué cuadro tan halagüeño
y cómo me ha conmovido!

Qué candor!... Daré al olvido
mi vano y frívolo empeño.

LUP. Si en su pobre domicilio
con honores de tugurio—
perdóneme si le injurio—
su vida es perene idilio,
dejémosla con su idea
y en buen hora, para asombro
del mundo, cuelgue de su hombro
el zurron de Galatea;
aunque ni *in diebus illis*
cuando cantaba Maron
desdenes de Coridon
y flaquezas de Amarílis;
ni cuando sus cantilenas,
sin alterar la cartilla,
imitaron en Castilla
Garcilasos y Valbuenas,
pudo en obras y palabras
ser tan culto y tan bizarro
el ignorante zamarro
que cuida ovejas ó cabras.

COND. Mal mi pena se concilia
con ese lenguaje.

LUP. Eh! yo...

COND. No es cosa de burlas, nó,
la dicha de una familia.

LUP. ¿Qué oigo! ¡La dicha...

COND. Ay Lupercio!

LUP. ¿Por qué lógica se infiere
que atenta á ella quien quiere
mejorarla en quinto y tercio?
Sin graduarle yo, por mofa,
de cerril pastor intonso,
¿tan mal vendrá á Don Alfonso
una nuera de esa estofa?

COND. Pero Leonor ama á su hijo:
eso lo conoce un ciego.

LUP. Ni lo afirmo ni lo niego.

COND. Su turbacion me lo dijo.

LUP. Criada con él, no es mucho
que como á hermano le quiera.

COND. Por qué nó de otra manera?
Su llanto...
LUP. Ba! Un arrechucho...
Perder temia el eden
donde hoy reina soberana;
y, al cabo, el amor de hermana
tiene sus celos tambien.
¿Y qué importa que esa bella
ame á Fulgencio en silencio,
si el consabido Fulgencio
no ama á la dicha doncella?
COND. ¿Será mucho que él se rinda
á su gracia angelical,
si á mí, mujer y rival,
me ha parecido tan linda?
LUP. Cavilacion!... ¿Cómo pues,
miéntras lloraba su ausencia
Leonor, usted en Valencia
gemir le ha visto á sus piés?
COND. ¡Oh! tanto como eso, no.
Cierto es que me hace la corte...
LUP. Y usted será su consorte
ó quemo mis libros yo.
COND. Apénas hace ocho dias]
que usted le trajo á mi casa...
LUP. Toma! En ménos tiempo abrasa
una deidad á un Macías.
COND. Áun no me ha pedido el sí...
LUP. Mas con los ojos le implora.
COND. Áun no ha dicho que me adora.
LUP. Sí tal: me lo ha dicho á mí.
Hágase usted mas justicia
y no tema el parangon.
¡Con dama de tal blason
competir una novicia!
COND. Es amable...
LUP. Pero ruda.
COND. Cándida...
LUP. Pero pedestre.
COND. Tierna flor...
LUP. Pero silvestre.
OND. Yo viuda...

LUP. Pero ¡qué viuda!
¿Podrá disputar la palma
por pocos años de ménos
á esos ojos, que áun serenos
rinden cada dia un alma?
¿Quién niega su simpatía
á esa gracia singular
que en vano intenta nublar
siniestra melancolía?
COND. (Ay cielo!)
LUP. Y, acá inter nos,
si á mí me toca esta vez
ser, bella Condesa, el juez
que sentencie entre las dos,
¿cómo dudar de mi fallo
cuando sabe usted—ay triste!
que, aunque me ha dejado alpiste,
toda el alma mía...
COND. (Con autoridad, pero sonriendo.)
Eh!...
LUP. Callo.
Cuando caí en el garlito
harto necio, fuí, señora,
y más lo sería ahora
reincidiendo en el delito.
Mal pudo salir indemne
de tan loca pretension
un estudiante gorron,
sólo en lo pobre solemne.
Ciego obedecí al vehículo...
COND. No por pobre, nada de eso,
perdió usted aquel proceso,
sino...
LUP. Ya sé: por ridículo.
Siempre ha sido y será cierto
que hombre á quien amor inflama
y hace reir á su dama,
ya se puede dar por muerto.
Otro que yo en un arranque
de orgullo desesperado
se hubiera quizá arrojado
de cabeza en un estanque;

mas, dúctil y servicial,
troqué en aquella ocasion
la tierna declaracion
en humilde memorial;
y usted, con la risa blanda
que sólo á mí no escasea,
tuvo la feliz idea
de acceder á mi demanda;
y yo el buen astro bendigo
que á la honra me elevó
de humilde criado...

COND. No:
mi confidente, mi amigo.

LUP. Y aunque parezca sofística
mi evolucion y algo exótica,
aquella pasion erótica
tomó el carácter de mística.
¿Cómo, si no fuera así,
con abnegacion tan rara
para otro solicitara
lo que yo no merecí?

COND. Buen Lupercio!
(Le da la mano.)
Lo confieso,
que á usted no le oculto nada,
de Fulgencio estoy prendada,
con mirarle me embeleso.
Fijando en mí con placer
ojos dulces y expresivos,
él tambien vé en mí atractivos
que yo no creo tener;
y al mostrarme su adhesion,
de tal modo me la prueba,
que me parece que lleva
en la boca el corazon.—
Pero el mio se contrista
dudando si á mi riqueza
debo, más que á la belleza,
tan halagüeña conquista.

LUP. No; esa duda es temeraria.
La amaria á usted lo mismo...,
quizá con más fanatismo,

si fuera usted proletaria.
Él es de masa distinta
que esa pollada sin fé...

COND. Pronto de dudas saldré,
porque hoy le espero en mi quinta.

LUP. Oiga! eso tenemos?

COND. Sí.

LUP. ¿Conque una cita...

COND. Oh, no es cita.
Me prometió una visita
cuando de él me despedí,
y en un parte telegráfico
me dice que hoy...

LUP. Caro amigo!

COND. Pasará el dia conmigo.

LUP. Cuando digo que es seráfico!
Tras de usted viene el doncel,
y de Leonor no se acuerda!
Ya vé usted... Mas no se pierda
la ocasion...

COND. ¿Qué...

LUP. Firme en él!

COND. Cómo! ¿Ardides de coqueta
me aconseja usted?

LUP. No tal,
sino... una guerra leal...
Usted todo lo interpreta...
No quiero que usted claudique
para prenderle en la red,
sino que le exija usted
que opte...

COND. Basta.

LUP. Que se explique...

COND. Ah! si alguno en el andén
no le espera, ¿quién le guia
á mí...

LUP. Yo, señora mia.

COND. Vendrá en el próximo tren.

LUP. Voy pues...

COND. (Si vano delirio
es mi acendrada pasion,
Dios me dé resignacion

para este nuevo martirio.)

ESCENA IV.

LUPERCIO.

En la volante y dogmática
filosofía del vulgo,
suele ser cada proverbio
una verdad como un puño,
y entre ellos, sin excluir
los del mismo Pero-Grullo,
no hay otro tan verdadero
como aquel de *oros son triunfos*.
Una viuda rica y jóven
¿por qué pues duda del suyo?—
Pero indicios vehementes
de cariño más profundo
que el de una hermana adoptiva
han mostrado los singultos
y el llanto de aquella moza;
es hechicero su busto,
y si, ántes del episodio
de Valencia, ha habido arrullos
de tórtola entre los dos;—
que ni él ni ella son de estuco
y es circunstancia agravante
haberse criado juntos,—
bien puede al verla de nuevo
ser Fulgencio tan estúpido,
que otra vez caiga en el lazo,
y renuncie por escrúpulos
livianos á la brillante
señora de alto coturno
con sobrados alicientes
para el gasto y para el gusto.
Sería este un contratiempo
muy fatal á mi peculio;
que Fulgencio y la Condesa,
uncidos al casto yugo,
de generosas albricias
me colmarian á duo.

No. La gratitud, y acaso
del astro mio el influjo,
de parte de la Condesa
me ponen, y siervo suyo,
ya que nada he prosperado
cultivando otros estudios,
fama ganaré y provecho
en las aulas de Mercurio.—
¿Qué haria... Oh feliz idea!
Si aparentando un impulso
de cristiana caridad
á esa zagala descubro,
haciendo del ladron fiel,
los amorosos preludios
de Fulgencio y la Condesa,
es de inferir, que *ex-abrupto*
rompa con él, suponiendo
que como á esposo futuro
le ame. Tiene al parecer
su buena dósis de orgullo,
y tocando yo con maña
ese resorte, no dudo...
(Mirando hácia la izquierda.)
Ah! ya vuelve. Áun tardará
el tren algunos minutos,
y conviene anticiparme...
Sí; el llanto sobre el difunto.

ESCENA V.

LUPERCIO. LEONOR.

LUP. Permita usted, señorita,
si no le soy importuno...
LEONOR. Qué quiere usted?
LUP. Un momento
de audiencia: pronto concluyo.
LEONOR. De parte de la Condesa?
LUP. No; de la mia.
LEONOR. ¿Qué asunto...
LUP. Uno que interesa á usted

personalmente.

LEONOR. Á mí!

LUP. Mucho.
Desde el momento en que tuve
la dicha y el gozo sumo
de ver á usted...

LEONOR. Caballero!...

LUP. No me mire usted con zuño.
No es una declaracion
de amor romántico y brusco
la que á sus piés me conduce,
aunque tan bello dibujo
puede hacer prevaricar,
no digo á mí, á un taumaturgo.

LEONOR. Oh! acabemos.

LUP. Yo, que siempre
rendí fervoroso culto
á la virtud y á las gracias,
á dar á usted me apresuro
un aviso saludable.

LEONOR. (Impaciente.)
En fin, sepamos...

LUP. Barrunto,
y en la interesante escena
que he presenciado lo fundo,
que ese tierno corazon
es ya amoroso tributo...

LEONOR. ¿Cómo... De quién?

LUP. Claro está:
de Don Fulgencio.

LEONOR. Y, pregunto,
es usted mi confesor?

LUP. No tal.

LEONOR. Ó mi juez?

LUP. Qué absurdo!
Pero... la... filantropía...,
la... El deseo... (Me aturrullo.)

LEONOR. ¿No soy libre por ventura
para amar...

LUP. Es inconcuso
derecho el de amar que yo
ni á usted ni á nadie disputo;

pero, aunque fe no merezca
un embajador intruso,
y aunque contra mi señora
en la fea nota incurro
de chismoso, sepa usted—
Si no lo digo, me pudro—
que es su rival la Condesa.

LEONOR. (Ah! Bien temia...)

LUP. Y que el pulcro
mancebo la corresponde.

LEONOR. ¿Qué me importa...

LUP. Esto ya es público
en Valencia.

LEONOR. (Santo Dios!)

LUP. Hoy le espera aquí...

LEONOR. (¿Qué escucho!)
Aqui!

LUQ. Es decir, en su quinta.—
Me aflijo, me apesadumbro,
créalo usted, al pensar
en tan inicuo perjurio.

LEONOR. Oh! No hay tal perjurio. Es rara
porfía...

LUP. Si no es perjuro,
tanto mejor, Señorita:
se libra usted de un insulto
que no merece, y Fulgencio
será un prócer, casi augusto,
cuando Himeneo le enlace
por lo cual le congratulo,
y á usted tambien...

LEONOR. (Qué suplicio!)

LUP. Con una dama de rumbo,
no sin mérito en verdad,—
(Contemplando á Leonor.)
aunque como ese ninguno!

LEONOR. Basta!

LUP. Y aun está en la flor
de la edad, y hace en el mundo
gran papel, y lleva un título
sonoro, si nó vetusto,
y un dote que, por mi cuenta,

pasa de un millon de duros.

LEONOR. Sin esa heráldica pompa,
sin ese ostentoso lujo
(Dios mio, dadme valor!)
prendar á Fulgencio pudo
la gracia de la Condesa,
que á mí propia me sedujo.

LUP. Su alma de usted, tan extraña
al vil interes inmundo,
desdeña esas vanidades,
esas glorias, que son humo,
polvo, nada!... Ay Leonor!
De corazones tan puros
menguada es ya la cosecha.
Feliz quien merezca el tuyo!
¡Feliz yo si...

LEONOR. (Con enojo) Señor mio!...

LUP. (Ya he dado, como acostumbro,
una pífia garrafal.)
Perdon! Tenga usted por nulo
lo que... Ay! no se hizo la miel
para la boca del burro.
(Mirando á los bastidores de la izquierda.)
(¿Qué veo!)

LEONOR. (Está loco ese hombre?)

LUP. (Allí á Fulgencio columbro...)
Un *lápsus*... Perdone usted...
(Se pára... Vacila..) Un flujo
de palabras... (Ah! flechado
viene hácia aquí. Yo me escurro...)
(Leonor medita y no le oye.)
Abur. (Estaré en acecho.
Si ahora aprietan más el nudo
que romper ha pretendido
mi oficiosidad, me luzco!)
(Váse por la derecha.)

ESCENA VI.

LEONOR.

Adios, mi dorado sueño!
De hoy más, amargura, luto!...
Mas con lágrimas y quejas
turbar la dicha no es justo
de Fulgencio. Dios me inspira...
Apiádele mi fortunio!
(Se dirige á la alquería, y sale á su encuentro Fulgencio, que llega por la izquierda.)

ESCENA VII.

LEONOR. FULGENCIO.

FULG. Leonor!
LEONOR. Ah!
¿Qué veo! ¡Tú...
FULG. Abrázame, prenda mia.
LEONOR. (Recibiendo con frialdad el abrazo.)
Fulgencio!... No te esperaba
tan pronto...
FULG. (Apénas me mira!)
Ni yo de ti tal tibieza.
LEONOR. Tu llegada repentina...
¿Por qué no avisar... (Dios mio!)
FULG. ¿Á qué anunciar mi venida
cuando el tránsito es tan corto?
LEONOR. Bien dices.
FULG. (¿Tendrá noticia...)
LEONOR. ¿Recibiste el grado...
FULG. Sí;
tres dias ha. Dame albricias.
Ya soy licenciado en leyes.
Supongo que, aunque tan tibia
me recibes, no te pesa...
LEONOR. Dudarlo es una injusticia.
¿Cómo han de pesarme á mí
las glorias, las alegrías

de usted...

FULG. Usted! ¿No soy ya
tu hermano? ¿Qué significa...
Tienes de mí alguna queja?

LEONOR. (Con viveza.)
No, no! En qué la fundaria?

FULG. Pues ¿por qué tan... diplomática
conmigo?

LEONOR. Ya no soy niña,
y el qué dirán...

FULG. Qué simpleza!
Harto lo eres todavía
pues tan pueriles escrúpulos
te asaltan. Lenguas malignas
no pueden menoscabar
nuestra honra siempre limpia.
Ó háblame con más llaneza,
ó confiesa que te dicta
algun oculto motivo
ceremonia tan ridícula.

LEONOR. Yo...

FULG. Pero mi padre... Entremos...

LEOONR. No está. Don Pedro Zaldívar
le ha convidado á almorzar.

FULG. Sí? Bien. La ocasion se brinda
para que hablemos á solas.

LEONOR. De qué? (Ay! harto lo adivina
mi corazon.)

FULG. Vas á oir,
no sé si adversa ó propicia...

LEONOR. Habla.

FULG. Una revelacion...

LEONOR. (Pudiera excusarla.) Oh! dila.

FULG. (Contemplando á Leonor.)
(Si, mi amor primero es ella...;
el único! Mi delicia,
mi bien está en esos ojos....
cuando otros no me fascinan.)

LEONOR. Habla pues. Qué te suspende?

FULG. Profunda pasion me agita,
y bien puedes comprender,
sin que mi labio lo diga,

que es amor.
LEONOR. Sensible y jóven,
no extraño...
FULG. Amor sin mancilla...
LEONOR. No lo dudo...
FULG. Como el alma
de la hermosa que lo inspira.
LEONOR. (Triste evidencia!) Su nombre...
para que yo le bendiga.
FULG. Su nombre, y tú bendecirle!
Pues ¡qué! mútua simpatía
¿no te ha dicho ya quién es?
LEONOR. (¿Será posible...)
FULG. ¿Qué dicha
puede haber para Fulgencio
que contigo no divida?
Que yo te nombre á mi amada!
Acaso lo necesitas?
Ó la cándida modestia
te hace juzgar de tí misma
con extremado rigor,
ó más que creí maligna
y melindrosilla, quieres,
prolongando mi fatiga,
dar así mas alto precio
á mi anhelada conquista.—
Mi formal declaracion
oiga usted, pues, Señorita.
Acogió mi digno padre
en su hogar á una pupila
á quien me unió desde niño,
entre inocentes caricias
tierno afecto, cuya índole
yo propio no conocia.
Qué más? Durante la ausencia
que felizmente hoy termina,
la paz del alma perdí,
sin saber que te ofendia,
entre las mil seducciones
que á la juventud insidian
en esa alegre ciudad
que es de España maravilla.

LEONOR. (No me han engañado!)
FULG. Iluso
gozaba ya en perspectiva
grandezas, lauros, placeres...
Tal vez ya mi alma novicia
al canto de una sirena
iba á rendirse cautiva...
LEONOR. (La ama, sí!)
FULG. Mas por fortuna
la razon, aunque tardía...
LEONOR. (La razon!...)
FULG. Vino en mi auxilio
cuando ya estaba á la orilla
del precipicio; y tu imágen,
dulce como nunca y linda,
se me apareció; y entónces,
entónces, prenda querida,
pasado el extraño vértigo
que extravió mi fantasía,
ví que por ti, por ti sola
de amor esta alma delira;
que de bastardas pasiones
debe triunfar la legítima,
que tú, tan grata á mis ojos
desde el alba de la vida,
eres la adorable esposa
que el cielo á mi fe destina.
LEONOR. (¡La ama, y por delicadeza
su gloria me sacrifica,
su bienestar!...)
FULG. No respondes!
LEONOR. (Valor!) Mucho me honraria,
sobre tantos como ya
debo á esta noble familia,
el favor inesperado
con que mi humildad sublimas.
FULG. Qué! ¿te sorprende...
LEONOR. Favor
que otras verán con envidia
y yo en el alma agradezco;
pero...
FULG. ¿Qué oigo! ¿No te dignas...

LEONOR. Ni merezco yo tu mano...
ni quiere Dios que la admita.
FULG. Por qué? No alcanzo... Ah! tal vez
con tu desvío castigas,
no ya mi culpa, si es culpa
la intentada y no cumplida,
sino mi sinceridad.
LEONOR. No te acuso de perfidia,
Fulgencio. Si tal hiciera,
con qué derecho lo haria?
¿Qué sagrado juramento
ó qué promesa nos liga...
FULG. Creí...—necio error el mio!
que en silencio se entendian
nuestras almas...
LEONOR. (Ay!)
FULG. Ya veo
que no me amas...
LEONOR. Como amiga,
como tierna hermana, sí;
pero...
FULG. Acaba! (¿Quién diria...)
LEONOR. Pero de otra suerte, no.
FULG. (¡Y con el alma contrita
venía yo...)
LEONOR. (¡Vírgen santa,
perdona mi atroz mentira!)
FULG. Leonor... Á tu libertad
no atentará mi porfía.
Me resignaré... Sin duda
ya tu corazon domina
otro amor...
LEONOR. Yo... (Consumemos
el sacrificio.)
FULG. Suspiras!
LEONOR. Sí, otro amor... (Tambien ahora
miente mi lengua sacrílega.)
FULG. Más merecedor será
que yo de tan alta dicha,
pues le has preferido á mí.
LEONOR. ¿No entras...
FULG. Ahora no. Precisas

diligencias me lo impiden.
LEONOR. (Ay de mí!)
FULG. Despues...
LEONOR. (La cita!)
FULG. Adios!
LEONOR. (Casi le agradezco
que tan pronto se despida.)
Adios! (Máteme el dolor
y él no vea mi agonía!)
(Entra en la alquería, y entorna la puerta.)

ESCENA VIII.

FULGENCIO. LUPERCIO.

¡Un nó me cierra el camino
cuando vuelvo á su querencia!
Mentia pues mi conciencia
en pugna con mi destino.
LUP. (Llegando.)
(Él medita aquí en silencio;
ella en la casa se encierra.
Declarada está la guerra:
no hay duda.)
FULG. (Vamos!...)
LUP. Fulgencio!
FULG. Ah! Lupercio!...
LUP. Al grato anuncio
de tu venida, mi fe
me trae... (En guardia estaré;
no me coja en un renuncio.)
Te busco, fiel mayordomo,
para llevarte á la quinta...
Pero ó me engaña la pinta,
ó vienes... qué sé yo cómo?
FULG. Ah!
LUP. Suspiras! ¿Quién así
turba el venturoso dia
que amor...
FULG. En esa alquería
vive mi familia.
LUP. Sí?

FELG. Por mi bien, ó por mi mal,
que áun no lo sé, me condujo
á ella...
LUP. Comprendo: el influjo
de la sangre: es natural.
FULG. Otro, aunque amo y reverencio
á mi padre, otro más fuerte
me arrastraba..., oh ciega suerte!,
ó yo lo creí...
LUP. Fulgencio!
FULG. Creció una niña á mi lado...
LUP. Ya; angelical, pudibunda...
FULG. Á cuya dulce coyunda
me creí predestinado.
LUP. Mas de la sándia pastora
y de su techo pajizo
triunfó con mágico hechizo
la Condesa mi señora.
FULG. Yo temí que, aunque rendidos
á irresistible atraccion,
no estuviese el corazon
acorde con los sentidos.
LUP. Vaya si eres metafísico!
Si tanta es tu sutileza,
pronto pierdes la cabeza...
FULG. Ay Lupercio!
LUP. Ó mueres tísico.
FULG. Más de dos y más de tres
creerán, dije para mí,
que á Leonor ingrato fuí
por el sórdido interés.—
En fin, así cavilando
vuelo aquí como á mi centro,
y ante sus ojos me encuentro
sin saber cómo ni cuándo.—
¡Y la puerta del eden
suspirado se me cierra!
LUP. Cómo!...
FULG. Sí; de él me destierra
con el más frio desden.
LUP. (Bravo!) Tu necio capricho
tal merece, hablando en plata,

porque...
FULG. No me ama la ingrata!
Ella misma me lo ha dicho.
LUP. (Bien haya mi diplomacia!)
El chasco será más grave
si la Condesa lo sabe
y pierdes tambien su gracia.—
No! Toda es tuya, lo sé,
aquella alma ardiente y noble,
y no es de partida doble,
como la tuya su fe.
FULG. No ha sido doblez la mia,
sino...
LUP. Una duplicacion:
qué más da?
FULG. Yo...
LUP. En conclusion,
ha sido una tontería.
Pese á las lindas patrañas
de bucólicos poetas,
si en el gran mundo hay coquetas,
no faltan en las cabañas.
FULG. Sí; necio y acaso aleve
he sido y mi platonismo
ridículo anacronismo
en el siglo diecinueve.
Vana razon no me arguya
contra la excelsa mujer
que anega el alma en placer
con cada mirada suya.
Y es razon que me desdora
la que falaz me convida
á adorar á quien me olvida
y olvidar á quien me adora.
LUP. Vamos á la quinta pues
donde, siendo yo tu heraldo,
cautivo otra vez Reinaldo
vuelva de Armida á los piés;
y aunque pese á la cohorte
de empalagosos rivales
que la hartan de memoriales
en Valencia y en la Corte,

ríete, feliz galan,
de patriarcales costumbres
y de rústicas techumbres;
que tú no eres un gañan;
apaga aquí el incensario,
ó hago contra ti un romance,
y resígnate al percance
de ser—ay Dios!... millonario.
(Vánse de bracero por la derecha.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Jardin con arbolado en la quinta que habita la Condesa. La puerta de comunicacion con la casa estará á la derecha del actor. Sillas y un banco en el proscenio.

ESCENA PRIMERA.

FULGENCIO. LUPERCIO.

Aparecen sentados y fumando.

FULG. ¡Adorable mujer! Qué gentileza!
qué amenidad en su apacible trato!
LUP. Qué muebles! qué riqueza! qué aparato!
FULG. Pero, sin ostentar necia arrogancia,
une la dignidad á la franqueza,
la grata sencillez á la arrogancia.
LUP. ¡Y qué opíparo almuerzo,
á cuya simple vista
recibió ya mi estómago un refuerzo!
¡Qué talento y qué tacto
de verdadero artista;—
el término es exacto;
que si tal nombre usurpa un zapatero,
¿por qué negarle á un hábil cocinero?—
¡Qué talento, repito,
ha mostrado el que paga la Condesa
para excitar, no ya nuestro apetito;

que nunca están sin él los estudiantes,
sino el del más austero cenobita
ó el del más estragado sibarita!
¡Cómo hermanando atmósferas distantes,
en amigable pacto
ha sabido despótico
unir el fruto indígena al exótico,
ya en sabrosos manjares peregrinos,
ya en variedad de regalados vinos!
Así, no cual Melendez ni Villegas
y otros no ménos cándidos colegas,
así, aunque Baco me propine un cólico,
yo admito y amo al género bucólico.

FULG. Más que todo ese lujo,
que ponderas gastrónomo entusiasta,
el dulce agrado que con él contrasta
en mi alma ejerce poderoso influjo.
No, no es fascinacion como creia
lo que me rinde así y así me halaga;
es que su alma y la mia
Dios ha formado en plácida armonía.
No al conjuro obedezco de una maga
cuando su vista de placer me embriaga,
ni amo en ella á la espléndida señora,
sino las altas prendas que atesora.

LUP. Mas tu amor poco medra
con que á mí me lo cuentes. Qué te arredra?
¿Por qué esa lengua, para mí tan franca,
en presencia del ídolo se atranca?

FULG. Porque temo, Lupercio...

LUP. Sí, temes que al pedir su mano blanca
crea que ves en ella un buen comercio
y que pagas tributo,
no al flechador Cupido, sino á Pluto.

FULG. ¿Quién sabe...

LUP. Á un lado escrúpulos de monja!
Ni ella por combatirlos incurriera
en la tonta y ridícula lisonja
de descender de su elevada esfera,
ni puede en su virtud acreditada
hacer mella el demonio.
No esperes de ella nada.

sin la prévia sancion del matrimonio.

FULG. Tal creo, y á ser otro mi concepto,
ni tan perdido soy ni tan inepto,
que quisiera yo aquí, galan ó novio,
solicitar mi oprobio.
Mas, aunque anhelo en venturoso lazo
unirme á la Condesa,
siento... No sé... Un rubor,... un embarazo ..,
un...

LUP. Acaba. Un atroz remordimiento...
¿Vuelve acaso á encenderse la pavesa
de aquel pueril amor tan mal pagado?

FULG. Creo que no; pero tomar estado...
sin que mi padre...

LUP. Horrible atrevimiento!

FULG. Me dé su vénia...

LUP. Tenla por segura.
Si fortunon tan sólido
rechaza el buen señor, será un estólido.
¿Y eres tú, por ventura,
menor de edad, ó pudorosa niña
que sale de un convento?

FULG. Si yo...

LUP. Me hace reir tu encogimiento.
Huye si temes que papá te riña.

FULG. ¿Hüir—ay Dios! del inefable encanto
que roba mi albedrío?
Hüir!... No tengo fuerzas para tanto.

LUP. Pues habla, pese al alma de un judío!
Cuando al más taciturno y timorato
hace atrevido y gárrulo el champaña,
¿cómo, no siendo tú ningun novato,
á ti te pone mudo y turulato?
Nuevo es este fenómeno en España.

FULG. Yo me declararé...

LUP. Bien!

FULG. ...Por escrito.

LUP. ¿Qué escucho!

FULG. Con la pluma
tendré más libertad.

LUP. Pero, bendito,
cuando en su casa estás, cuando te abruma

con regalos y mimos y finezas,
y ahora el almuerzo á digerir empiezas
que excita mis encomios,
¿en vez de deshacerte en reconcomios,
te limitas—idea estrafalaria!
á una declaracion epistolaria?
¿No consideras que, si tal estudio
te ve poner, Fulgencio, en el preludio
de tu nupcial campaña, ha de achacarte
el mezquino interés de que hace poco
querias sincerarte?

FULG. Tienes razon.

LUP. Pues ¡ánimo!

FULG. Estoy loco.

LUP. Pues no eres niño tú ni ella es... el coco,
deja esa timidez que me da grima.—
El crítico momento se aproxima.
¿Qué falta, cuando ya de vuestros ojos
el mutuo regodeo
ha dado en incesante escopeteo
á las aras de amor tantos despojos,
sino breves palabras, que sin duda
ménos dirán que su elocuencia muda?
Miéntras aqui aspiramos negligentes
de sendos puros el cubano aroma,
delicia que, con ser omnipotentes,
fué negada á los Césares de Roma,
ella en el tocador con nuevo brillo
á la magna entrevista se prepara,
aunque á quien tanto imán tiene en su cara
bastaba ya su *negligé* sencillo. (Se levanta.)
No tardará en venir: solo te dejo.

FULG. (Levantándose.)
No; quédate. Perplejo....

LUP. Adios. No hay ya perplejidad que valga.

FULG. Yo...

LUP. Rompe á hablar, y salga lo que salga.
Ni á presenciar un triunfo me resigno
de que yo no soy digno;
ni, si bien lo gradúo,
hacen falta tres voces para un dúo.
(Entra en la casa.)

ESCENA II

FULGENCIO.

Con sobrada razon le mueve á risa
mi extraña turbacion. Soy yo un novicio?
Balbuciente ó remisa
¿por qué ha de ser mi lengua ante la dama
á cuyo hechizo el corazon se inflama?
¿Qué crímen ó qué vicio
es la blanda atraccion que me embelesa?
Por ventura, el dictado de Condesa,
aunque no como á tal la solicito,
¿es un padron de infamia, un sambenito?
¿Tan abyecta es mi raza, por ventura,
tan vil mi condicion, que ser ingrato
prefiera á cometer el desacato
de elevar mi ambicion á tanta altura?
Cuando así la sublimo
y la venero así, ¿cómo, insensato,
no veo que á mí propio me deprimo?
Qué! por faltarme el oro que le sobra,
¿seré... Ah! ya viene... y vuelvo á mi zozobra

ESCENA III.

FULGENCIO. La CONDESA.

COND. Tira usted el puro al verme!
Tráteme con más franqueza.
No es tal mi delicadeza,
que un poco de humo me enferme.
Diez años viví en la Habana
donde es tanto su consumo;
¿y haria yo ascos al humo
de la yerba nicociana?
FULG. Bondad de usted...
COND. Sin embargo,
no tan bondadosa soy
como usted piensa, pues voy

á hacerle un severo cargo.

FULG. Por qué?

COND. Pronto verá usté
que no sin razon le riño.

FULG. ¡Cargo á mí...

COND. Sí; de cariño.—
Pero no estemos de pié.
(Se sienta en una silla y Fulgencio en otra.)
Cuando yo me despedí
para los baños de mar,
¿por qué á una amiga callar
que tiene usted casa aquí?

FULG. Estaba en la inteligencia
de que usted ya lo sabía,
y no fué descortesía,
señora, ni inadvertencia
de tan pobre ofrecimiento
abstenerme; que una choza
á quien tales timbres goza
no es decente alojamiento.

COND. Le tengo á usted por veraz,
y aunque de altiva me acusa,
me satisface la excusa
y alzo bandera de paz.—
Pero, si bien lo examino,
no es incidente casual,
sino ley providencial
de nuestro mutuo destino
lo que á albergue tan risueño
hoy me ha llevado.

FULG. Oh placer!
¿Ha honrado usted...

COND. Sin saber
quién de la finca era dueño,
yo la queria comprar
y en ella hacer mi morada
sólo porque está situada
casi á la orilla del mar.
Pero no sonó muy bien
mi designio caprichoso...

FULG. Á quién?

COND. Al ángel hermoso

que guardaba aquel edén.

FULG. (Leonor!)

COND. Hizo bien... (Se inmuta.)

FULG. Ella...

COND. No hay quien se desprenda
sin pesar de su vivienda,
siquiera sea una gruta.
Yo no insistí en la demanda,
porque lloró la doncella,
y cuando llora una bella
áun en las mujeres manda.
Mas ¡cuánta fué mi sorpresa
al saber que la alquería
al padre pertenecia
del caro amigo...

FULG. Condesa!...

COND. Al momento presumí,
y era cosa natural,
que entre ella y usted...

FULG. No tal.
Ella...

COND. Dije para mí:
Esta niña tan preciosa,
que así el corazon me gana,
¿será de Fulgencio hermana...,
ó su prometida esposa?

FULG. Es pupila...

COND. Ya lo sé.

FULG. De mi padre...

COND. Auto en favor.

FULG. Huérfana...

COND. Tanto mejor
para interesar á usté.

FULG. Como hermana, es justo, y cierto,
pero no de otra manera,
y si su mano pidiera
predicaria en desierto.

COND. ¡Es posible...

FULG. Entre ella y yo
nada el cariño difiere:
como á un hermano me quiere;
mas para marido, no.

COND. (Ah!) Creí que un mismo techo
albergue fué de los dos
porque os destinaba Dios
para nudo mas estrecho,
y cuando en ambos refleja
de juventud al albor,
¿cómo pudiera el amor
formar más digna pareja?

FULG. ¿Quién, señora, á su dominio
lindes poner osaría?
No es el mundo una alquería,
ni amor es un raciocinio.
Tal vez diez años de trato
al alma no dicen nada,
y tal vez una mirada
se la lleva de rebato.

COND. Fulgencio!

FULG. Pero ¿qué fruto
saca de rendirse un alma
si otra no le dá la palma
con recíproco tributo?
¿Y cómo á tan grato don
he de aspirar si reparo
que vino á mi alma el disparo
desde tan alta region?
¿Cómo—ay! á la que es mi encanto
aspirar cuando en la cuna
y el mérito y la fortuna
tanto me aventaja, tanto!

COND. ¿Por qué con esa humildad
se juzga usted á sí mismo?
¿qué cuna ni qué bautismo
hace á una mujer deidad?
La que usted tanto releva
en su amoroso desbarro,
¿qué puede ser, sino barro,
como cualquier hija de Eva?
Lujo, riquezas, blasones,
¿qué valen? si otros les faltan,
necias son las que se exaltan
con tan efímeros dones.
¿No lo son de más virtud

sobre honrado nacimiento
unidos gracia y talento,
discrecion y juventud?
¿Puede Himeneo á su altar
pedir mas dignas ofrendas?
Mancebo de tales prendas,
¿á qué no puede aspirar?
¿Cuándo á la censura prévia
no echó el amor noramala?
¿Qué jerarquías no iguala
y qué distancias no abrevia?
No ha conocido el amor
ni sabe sus rudimentos
quien admira los portentos
de telégrafo y vapor.
Si nuevos en nuestra edad,
para él no; que ha siglos mil
inventó el ferrocarril,
creó la electricidad.

FULG. (Divina!) Creerá la gente
maliciosa que á sus piés
me arrastra el vil interes,
no amor sincero y vehemente.

COND. ¿Qué importa cuando de dos
hace amor una alma sola,
y su mútua fe acrisola
nudo que bendice Dios,
qué importa que el negro diente
rompa en ellos ilusoria
la envidia, como en la historia
de la lima y la serpiente?
La que el lauro mereció
de que usted tanto se asombra...

FULG. Yo...

COND. Y ya que usted no la nombra..

FULG. Oh!...

COND. Habré de nombrarla yo...

FULG. Vida mia!

COND. Eso ya es algo.—
No le hace á usted la injusticia
de sospechar vil codicia
en corazon tan hidalgo,

FULG. Oh! Dios lo sabe: jamás...
COND. Si así juzgo yo, ¿por qué
ha de dar usted mas fe
al juicio de los demas?
FULG. Porque no tanto me engrío,
que merecedor me crea...
COND. Quizá esa la prenda sea
que cautiva mi albedrío.
¿No es de las más relevantes
la modestia sin ficcion
en medio de esa legion
de mozuelos petulantes?
Y cuando á tantos apremia
del oro la ardiente sed,
¿no es ya un mérito en usted
librarse de esa epidemia?—
Ni yo mi orgullo limito
á los timbres y al dinero:—
perdone usted, caballero,
si su modestia no imito.
Perdon si á pensar me atrevo,
aunque incurra en un sofisma,
que algo soy yo por mí misma
sin el título que llevo.
FULG. ¡Algo, y es usted emporio
de las gracias y...
COND. No tal.
FULG. Ese algo es lo principal
y lo demas, accesorio.
COND. ¿Me amaria usted quizás
sin la heráldica bambolla...
FULG. Sí!
COND. Viuda de misa y olla...,
es decir...
FULG. Sí, mucho más!
COND. Pues bien, á un truque un retruque.
Yo amo á usted con fanatismo,
y le amaria lo mismo
aunque fuera un archiduque.
Mas ya que la Providencia
quiso darme á mí un condado
y hacerle á usted abogado,

llevémoslo con paciencia,
y sin más cuándos ni cómos,
fieles á porfía y tiernos,
querámonos... por querernos,
y seamos... lo que somos.

FULG. ¿Á quién—oh amor! no persuades
cuando un ángel te interpreta
en cuya boca discreta
las argucias son verdades?
Ah Condesa!...

COND. No consiento
ser nombrada así.

FULG. Señora...

COND. Ni así tampoco! Ya es hora
de apearme el tratamiento.

FULG. Pues merezco tal favor,
(Tomando la mano de la Condesa.)
permíteme...

COND. Así!

FULG. Que bese
tu blanca mano. (Lo hace.)

COND. ¡Ese es, ese
el pronombre del amor!

FULG. Ah!...

COND. Mi frente no se cubre
de vergüenza, no, á fe mia,
porque me llame la Guia
Condesa de Fonsalubre.
No es hereditario el título,—
ni vitalicio siquiera
si en mi conyugal carrera
llego al segundo capítulo.
Sábelo para consuelo
de tu esquiva democracia:
viuda, conservo la gracia;
casándome, viene al suelo.
Mas confieso que me agrada
porque fué don de mi esposo;
¡de aquel hombre generoso
que me sacó de la nada!—
No obstante, amor se horripila
con la jerga cortesana,

y yo, como fiel cristiana,
tengo mi nombre de pila.

FULG. Le ignoraba y áun le ignoro.
Faltando la intimidad,
sólo tu alta calidad
conocia, y... el decoro...

COND. Sí, Condesa, Condesita...
General costumbre es esa.
La que acierta á ser Condesa
no es otra cosa... en visita;
y á la gente linajuda
agrada ese formulario;
mas no reza el calendario
á Santa Condesa viuda.

FULG. Tambien yo con más placer
querré llamarte...

COND. María.

FULG. Dulce Mariquita mia!

(Se levanta la Condesa y tambien Hulgencio.)

COND. Ya lo has echado á perder.

FULG. ¡Qué...

COND. La menor variacion
al nombre santo y sonoro
de la alma Vírgen que imploro
es una profanacion.
Mariquita! Á cualquier bruja
se llama así.

FULG. Pero... yo...

COND. María he de ser, y nó
Mariquita ni Maruja.

FULG. Se ha visto donaire igual?

COND. Si hay algun donaire en mí,
á ti te lo debo, á ti:
la dicha me hace jovial.
Tú en apacible expansion
conviertes mi honda amargura:
bálsamo es tu amor que cura
mi ulcerado corazon.
Ay Fulgencio! Á esta mujer,
en quien hoy ciega fortuna
tantas mercedes aduna,
vedado estaba el placer.

En vano de su tristeza
buscó en el fausto el remedio.
La vida miró con tédio
en su envidiada grandeza.
¿Qué mucho si mi alma ahora
desusado gozo embarga
viendo tras noche tan larga
brillar tan risueña aurora?

FULG. ¿Será menor mi alegría
en momentos tan felices?
Ah! si tu suerte bendices,
qué diré yo de la mia?

COND. La mia es mayor sin duda.

FULG. Si eso juzgas, yo lo alabo;
pero no es posible...

COND. Al cabo,
tú eres soltero, y yo viuda.

FULG. Qué importa...

COND. Y aunque el escote
debo yo pagar...

¿Quién piensa...

COND. Pingüe dote no compensa...

FULG. Por Dios, no me hables de dote.

COND. Te enfadas? Lo digo...

FULG. Quita!
Más legítimo es mi enfado
que el tuyo porque te he dado
el nombre de Mariquita.

COND. Bien; no tengamos reyerta...

FULG. Aunque me mate el pesar,
si me vuelves á nombrar
el dote, tomo la puerta.

COND. (Enternecida y sobresaltada.)
No, que serán embarazos
de tu fuga, si á mi fe
tan mal correspondes...

FULG. Qué?

COND. Mis lágrimas y mis brazos!
(Llora.)

FULG. María!

COND. Al ver que consigo
lo que nunca merecí,

estoy tan fuera de mí,
que no sé lo que me digo.
Cuando en esta alma vacía
sólo tu prestigio impera;
y otro que ménos valiera
tampoco la rendiria;
y aunque aspire al galardon
de ser tu feliz esposa,
creo que á hacerme dichosa
bastara tu estimacion,
perdona á mi devaneo
si en algun necio desman
me hace incurrir el afan
de asegurar mi trofeo.

FULG. Basta! Quien mi dicha labra
no puede intentar mi agravio.

COND. Sin querer manché mi labio
con tan indigna palabra.
Ni te diera yo mas boga
con mi nombre y con mi ajuar
que la que puedes ganar
vistiendo la noble toga;
ni el oro que ya maldigo,
si te enoja, guardaré.
Inútil sin ti me fué;
mira qué será contigo!

FULG. No; guárdale. ¿Quién más digna...
No se hable más del asunto.

COND. (Enjugándose las lágrimas.)
Fulgencio!

FULG. Para dar punto
repitamos la consigna.
(Toma y estrecha la mano de la Condesa.)
«Sin más cuándos ni más cómos...

COND. (Con amorosa jovialidad.)
Fieles á porfía y tiernos...

FULG. Querámonos... por querernos...

COND. Y seamos... lo que somos.»

ESCENA IV.

La CONDESA. FULGENCIO. LUPERCIO.

LUP. Vítor!
COND. Lupercio!
LUP. ¿Por qué
soltais al verme las manos
que amor enlaza, cumpliendo
mi venturoso presagio?
FULG. (Dándole la mano.)
Lupercio, pídeme albricias.
Soy el más afortunado
de los hombres.
COND. (Dándole tambien la mano.)
Buen Lupercio,
felicíteme usted.
LUP. Bravo!—
Pronto dará usted, supongo,
ocupacion al Vicario
y á la juventud dorada
que la persigue un mal trago.
Ya que no puedo aspirar
á ser padrino de entrambos,
porque no tengo sindéreris
ni *ropa* yo para tanto;
pluma en ristre, á celebrar
el consorcio me preparo
escribiendo—
(Á la Condesa aparte.)
Admire el mundo
este generoso rasgo
de abnegacion.—
Escribiendo,
si da usted su beneplácito,
una cáfila ramplona
de renglones mal rimados,
que osaré—¿cuándo no han sido
audaces los poetastros?—
llamar versos, y al conjunto,
poético epitalamio.

COND. Tendré mucho gusto en ello.
FULG. No los haces tú tan malos...
LUP. Que no los haya peores
en el moderno Parnaso.—
Pero el entrañable gozo
con que union tan bella aplaudo
me hacía olvidar... Oh mundo!
Miéntras dos seres humanos
su bienandanza recíproca
aquí están paladeando,
(Señala á la casa.)
allí gime un infeliz
de desdichas agobiado
y persecuciones.
COND. ¿Quién?
FULG. Quién es?
LUP. No sé. Un pelagatos
desconocido y anónimo,
que así puede ser un vago
como un grande hombre proscrito
por virtuoso ó por sabio.
Que es pobre, lo certifica
su astroso equipo. Yo, blando
de corazon, le iba á dar
seis reales y siete cuartos;
mas mi modesto subsidio
rehusa fosco y huraño.—
«Quiero ver á la Condesa,»
me dice con voz de mando;—
«no sé si estará visible»;—
«vaya usted á averiguarlo».
La compasion que me inspira
le liberta de un sopapo.—
Bien; espere usted, respondo,
y así pongo fin al diálogo,
dudando si el individuo
que me honra con tal mandato
es un pobre vergonzante
ó un pobre desvergonzado.
FULG. ¿Quién será...
LUP. Sea quien fuere
personaje tan aciago,

es ahora intempestiva
su presencia.

COND. No, al contrario.
Propensa siempre á hacer bien,
¿cómo no serlo en tan fausto
momento? Si á ese infeliz
demorase yo mi amparo,
indigna me confesara
de la ventura que alcanzo.
Que éntre.

FULG. Nos retirarémos
nosotros...

COND. No es necesario...

LUP. Ni prudente, que si abriga
algun designio bastardo...

COND. No es de temer. Yo no tengo
enemigos... Sí, apartáos;
mejor será. Ante testigos
tendria quizá reparo...

FULG. Sí.

COND. Breve será la audiencia.

FULG. Pesearémos entre tanto
por el jardin...

LUP. (En voz baja á Fulgencio.)
Y estaremos
á la mira por si acaso.

FULG. (Andando hácia el foro.)
Ven.

LUP. Te sigo.
(Acercándose á la puerta.)
Pase usted
adelante, ciudadano.
(Se vá, siguiendo á Fulgencio. Un momento despues aparece D. Bernardo.)

ESCENA V.

La CONDESA. D. BERNARDO.

D. Bernardo, pobremente vestido, aunque con limpieza y sin andrajos, se ha dejado crecer la barba, y en su rostro descolorido y demacrado muestra siniestros indicios de depravacion inveterada. Al principio de esta escena se mantiene á cierta distancia de la Condesa, la cual siente al verle instintiva repugnancia y apenas le mira.

BERN. Larga ha sido la antesala,
Señora...
COND. (Algo turbada.) Yo...
BERN. No me pasmo...
COND. (Repulsivo es su semblante.)
BERN. Soy forastero, y no traigo
cartas que me recomienden
ni blasones nobiliarios
que hagan para mí accesibles
las puertas de los palacios.
COND. Harta recomendacion
para mí es ser desdichado.
BERN. Así la voz popular
me lo ha dicho. Sin embargo,
como usted no me conoce,
y hay quien vive de petardos
y estafas... (Qué estoy diciendo?
Por poco no me delato
yo propio.)
COND. (Impaciente.) En fin...
BERN. No he venido
á tan miserable estado
por acciones de que deba
avergonzarme. Soy náufrago...
COND. Náufrago!
BERN. Me explicaré.
No en el mar Mediterráneo;
en otro aún más proceloso
hizo este buque naufragio;
en el mar de la política.—

Afiliada en otro bando,
tal vez no se duela usted,
señora, de mi quebranto.

COND. Y por qué no? La política
está para mí en arábigo.
Ni eso es propio de mujeres,
ni cuando un necesitado
acude á mí le pregunto
jamás si es tirio ó troyano.

BERN. Pues bien, ya que usted abriga
tan dulces y humanitarios
sentimientos, vá á saber
mis cuitas...

COND. No: es excusado...

AERN. (Yo me guardaré muy mucho
de espontanearme.) El tiránico
gobierno que nos subyuga
me persigue sin descanso
y sin piedad, porque soy...
(qué diré?) republicano.

COND. Vaya por Dios!

BERN. Contra mí
fulminó sañudo un auto
de prision (esto es verdad).
No bien lo averiguo, salgo
fugitivo de Madrid;
por trochas y por atajos
caminando dia y noche
y dia y noche temblando,
llego á esa playa, y me alberga
en su techo hospitalario
un camarada tan pobre
como yo. ¡Triste y precario
refugio! Si algun esbirro
olfatea el contrabando,
perdidos somos los dos!—
Pero, por dicha, en el Grao,
pronto ya á darse á la vela,
hay un buque americano
á cuyo bordo podré
ponerme, señora, en salvo.

COND. Y bien!...

BERN. (No he urdido mal
el cuento.) Pero es el caso
que no tengo una peseta,
y cuesta el flete muy caro.
COND. Bien. Qué necesita usted?
BERN. Siento molestar...
COND. Oh! Cuánto?
Diga usted.
BERN. (Acercándose un poco.)
Doscientos duros.
COND. Bien está. Mi secretario
se los dará á usted ahora.
BERN. Tanta bondad... (Mentecato!
por qué no he pedido más?)
Gracias. Firmaré un resguardo...
COND. Es inútil.
BERN. (Acercándose más.)
Ah!... Esa cara...
La voz...
COND. Qué?...
BERN. Vivo traslado
es usted...
COND. De quién?
(Mirándole con más atencion.)
(Oh Dios!
Juraria...)
BERN. No me engaño.
María!
COND. (Él es!)
BERN. Prenda amada!
COND. (Turbada y pesarosa.)
(Oh rubor!) Yo... ¿Desde cuándo...
Yo ignoro...
BERN. No me conoces?
No conoces ya á Bernardo?
Tal te veo y tal me ves,
María, que no lo extraño.
Yo, sumido en la miseria,
yo triste y contínuo blanco
de infortunios y pesares,
vuelvo á ti marchito, pálido...,
repugnante quizá: tú,

á quien riquezas y lauros
próspera suerte prodiga,
no has perdido—qué milagro?,
ántes con creces ostentas
tus peregrinos encantos.

COND. No más! En vano á mis ojos
otra vez el ángel malo
se aparece que de oprobio
cubrió y duelo y lloró amargo
mi adolescencia. Aquel dia
en que, haciendo usted escarnio
de falaces juramentos,
se rompió el odioso lazo
que á un monstruo me esclavizaba,
fué más feliz que nefasto
para mí. Dios inspiró
á mi corazon llagado
la resignacion cristiana
que le ofrecí en holocausto,
y de mi apagada fe
revivió el luciente faro
que por siempre me apartó
de la senda del pecado.

BERN. Culpable fuí, lo confieso,
pero ¡cuán terrible el pago
de mi perfidia! (Apelemos
al alto estilo romántico.)
Desde entónces—ay! gemí
bajo el influjo de un astro
maligno. Penas sin cuento,
privaciones, sobresaltos,
remordimientos atroces
mi existencia funestaron.
Ausente de ti, ignoraba
tu paradero, y en vano,
cual otro judío errante,
vagaba un año y otro año
ansiando el feliz momento
de estrecharte entre mis brazos.
(Lo intenta y al oir la exclamacion imperiosa y despreciativa de la Condesa se detiene.)

COND. Atras!

BERN. Cuando no el amor
en que de nuevo me inflamo,
el honor me mandaria
pagar la deuda...

COND. Malvado!
Págasela á Dios; no á mí,
que nada de ti reclamo
ni he menester.

(Aparecen Fulgencio y Lupercio por entre los árboles.)

ESCENA VI.

La CONDESA. D. BERNARDO. FULGENCIO. LUPERCIO.

BERN. Qué! ¿rehusas
el único arbitrio humano
con que puedes recobrar
la honra...

FULG. (En voz baja.) Qué es esto?

LUP. Oigamos.

COND. ¡De honra me habla el burlador
de la mia! ¡el desalmado
que nunca la ha conocido!
Si ya vínculo más santo
mi nombre, que tú infamaste,
no hubiera rehabilitado,
sabria expiar mi culpa
en la soledad de un claustro,
ó arrostrar todo linaje
de angustias y de trabajos;
todo ménos el suplicio
de unir mi mano á tu mano.

FULG. (Oh cielo!)

BERN. Un dia el amor...

COND. Oh! no profane tu labio
tan dulce nombre. ¡Maldita
fuí de Dios, cuando el incauto
corazon no defendí
de tus pérfidos halagos.

BERN. Pues bien, señora, si ya
no me es lícito invocarlo,

sin duda porque tan alta
se vé usted y yo tan bajo,
capitulemos.

COND. ¿Qué escucho!

FULG. (En voz baja.)
Lupercio!

LUP. Espera!

BERN. Para algo
me ha traido aquí el destino,
María. Depositario
de un secreto que esconder
bajo una losa de mármol
quisieras, fuerza será
que tu oro ponga un candado
á mi boca, ó sabrá el mundo...

COND. Cesa! Tan inmundo tráfico
desprecio como al protervo
que con cínico descaro
me lo prepone. Comprar
yo tu silencio! Oh! Si un rastro
de vergüenza conservaras,
tú deberias llorando
implorar el mio. ¿Quién
si osaras dar tal escándalo
perdiera más? Yo, que nunca
me he cubierto con el manto
de la torpe hipocresía,
ó tú, sumido en el fango
de los vicios..., de los crímenes?
¡Tú, cuyo solo contacto
empañaria el honor
más puro y acrisolado!
Habla! Yo hablaré tambien,
si provocas temerario
mi saña. Ya el Juez Supremo
me ha absuelto y te ha condenado,
y de la humana justicia
no esperes, vil, otro fallo.

BERN. Lo sé, mas ya que me veo
perdido y desesperado,
yo apelaré á un tribunal
que no suele ser tan manso;

á la pública opinion.
Sí ahora no temes sus dardos
porque te engrien y ofuscan
los humos aristocráticos;
si todavía deslumbras
al mundo con tu boato,
sin duda es porque hasta hoy
no ha sido sabroso pasto
de las lenguas maldicientes
tu historia.

COND. (Ah!)

BERN. Yo, yo me encargo
de darla á luz; y lo haré
con notas y comentarios;
y caerás del pedestal
que usurpas...

COND. (Gran Dios!...)

FULG. (Saliendo de improviso. Lupercio le sigue.)
Villano!

COND. Fulgencio! (Triste de mí!)

BERN. ¿Quién...

FULG. Yo ese infame conato
sabré impedir.

BERN. Usted! Cómo!

FULG. La aleve diestra cortando
capaz de tanta vileza.

COND. Ese hombre... Dios soberano!—
Yo...

BERN. ¿Quién es el insolente
que se atreve...

FULG. Un hombre honrado,
que de cruzar se avergüenza
su palabra...

LUP. (Esto vá malo!)

FULG. Con ente tan despreciable.

COND. (Sumamente conmovida.)
Ah!...

FULG. Bien sé que me degrado
en castigar por mí mismo
tan grosero desacato;
que para quien es usted
basta el último lacayo

de esta señora...

COND. Fulgencio!

FULG. Pero lo tomo á mi cargo
porque no presuma usted
que en cobardía le igualo.

BERN. Cobarde yo!...

COND. (Á punto de desmayarse. Lupercio que lo observa, se acerca á ella.)
¡Por piedad...

BERN. Sígame usted, y en el campo
le probaré...

COND. Ah!... Yo fallezco.
(Se desmaya en brazos de Lupercio que acude á socorrerla.)

LUP. Condesa! Oh! Dios mio!—Bárbaro!—
—Mátale!

FULG. Sí haré.

LUP. (Gritando.) Socorro!

BERN. Vamos! De ira me abraso.

FULG. (En voz baja.)
No quedará sin venganza,
yo te lo juro, su agravio;
mas despues de tal escena
¿cómo mi amor y mi tálamo
ofrecerla?

LUP. (Á un lacayo y á una doncella que llegan apresurados.)
Aqui! Ayudadme!
(Ayudan los criados á sostener á la Condesa.)

FULG. En voz baja.)
Cuando vuelva del desmayo,
veámonos...

LUP. Sí.

BERN. Acabemos!

LUP. ¿Dónde...

FULG. En el muelle te aguardo.

BERN. (Si muero, viaje redondo!)

FULG. (Contemplando á la Condesa.)
(Desdichada!...)

BERN. Vamos!

FULG. Vamos!

ESCENA VII.

LUPERCIO. La CONDESA desmayada. Los CRIADOS.

(Pobre señora!)—No vuelve...
Sentémosla en este banco.
(Lo hacen.)
(Qué fatalidad!)
(Á la doncella.)
Dale aire...
(La doncella abanica á la Condesa.)

LUP. (Al criado.)
Corre tú á traer volando
esencias..., agua... ¡Que llamen
al médico, al cirujano...
(Entra corriendo el lacayo en la casa.)
Condesa!... Oh Dios!... No respira...
Hombre funesto! Algun trasgo
enemigo de Fulgencio,
de ella y de mí nos le trajo.
¡Maldígale Dios, amén,
y cargue con su alma el diablo.

FIM DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Interior de la alquería de D. Alfonso. Sala amueblada con gusto, aunque sin riqueza. La puerta que da al zaguan, á la derecha del actor; otra á la izquierda; otra en el foro.

ESCENA PRIMERA.

FULGENCIO. D. ALFONSO.

Fulgencio aparece sentado en una butaca: le cubre una bata ligera y apoya el brazo derecho en un pañuelo negro pendiente del cuello. D. Alfonso ocupa una silla al lado de su hijo.

ALF. Ya convaleciente? Oh dicha!
Es cirujano muy hábil
Don Vicente.
FULG. Sí; muy pronto
podré quitarme el vendaje.
ALF. Así me lo ha asegurado.
Salia de visitarte
cuando entraba yo.
FULG. La herida,
por fortuna, no era grave.
ALF. Es cierto; pero la fiebre...,
la pérdida de la sangre...
Cuánta ha sido mi zozobra!
FULG. Era natural en padre

tan bondadoso.

ALF. En diez dias
áun no cumplidos ¡curarte...

FULG. Tanto, que, segun me ha dicho,
podré salir á la calle
muy en breve.

ALF. Y sin temor
de que te moleste nadie.
Tranquilo puedes estar.
De aquel malhadado lance
no hay otra prueba, otro indicio—
así lo afirma el alcalde—
que haberse hallado en la playa
el insepulto cadáver
de un hombre desconocido.
Ni nadie se muestra parte,
ni de nadie se sospecha.

FULG. Qué mucho? El fatal combate,
en el cual fué mi adversario
tan valiente, como infame
cuando dió lugar á él,
se verificó, ya casi
de noche, en una hondonada
muy solitaria y distante
de la poblacion. Lupercio,
que proporcionó los sables,
fué nuestro único testigo,
y ni puede denunciarme
sin riesgo propio, ni en él
tanta villanía cabe.

ALF. Ya muy cerrada la noche
á la alquería llegasteis...

FULG. Y, guiado por Lupercio,
que, previendo algun desastre,
en todo obró con cautela,
nos trajo el mismo carruaje
que nos llevó en hora aciaga
al lugar de la catástrofe.

ALF. No te pida cuenta Dios
de las angustias mortales
que en aquella horrible noche
á mí y á Leonor causaste.

Y por qué, oh Dios! No hay ejemplo
de trastada semejante.
Por un amor insensato,
por un quijotesco alarde
de hidalguía...

FULG. Del amor,
si tal nombre puede darse
á un vértigo, combatido
por mi razon ahora y ántes,
harto curado estoy ya;
mas, sin los fueros de amante,
bastaba ser bien nacido
para vengar el ultraje
inferido á una señora
de prendas tan relevantes
por un bandido procaz.—
Ya en eterno sueño yace;
respetemos su memoria
y Dios de su alma se apiade;
mas si en presencia de usted,
que blasona de linaje
noble, limpio, y nuevo lustre
le dió en la escuela de Marte,
se hubiera visto insultada,
no ya una dama adorable
por su bondad, su hermosura,
su excelsa virtud; ¡que en balde
osó denigrarla el mismo
de cuyas pérfidas artes
fué víctima; no la propia
á quien amor y hospedaje
hubiera usted merecido,
sino la más miserable
y más plebeya mujer,
¿qué hubiera usted hecho, padre?

ALF. Lo que tú.—Pero olvidemos
suceso tan lamentable,
y bendigamos á Dios
que por tal senda te trae,
pobre oveja descarriada,
al redil que abandonaste.
No hay mal que por bien no venga.

De escarmiento saludable
te servirá lo pasado,
y mis lisonjeros planes,
que iba á burlar tu demencia,
se realizarán.

FULG. ¿Qué... Cuáles?

ALF. ¿Cómo no los adivina
tu corazon?

FULG. Yo...

ALF. Casarte
con Leonor.

FULG. Ay padre mio!
Sería tan grato enlace
mi mayor felicidad;
mas ¿cómo el que ciego y frágil
á otra ménos digna que ella
osó rendir homenage
ha de aspirar...

ALF. Por qué no?
Si un momento claudicaste,
porque te hechizó esa Circe
con sus halagos falaces,
no es de tal aberracion
tu corazon responsable...

FULG. Tal vez...

ALF. Y ya me parece
que la has purgado bastante.

FULG. Bien arrepentido estoy
de mi desliz, Dios lo sabe;
mas se opone á mi deseo
otro obstáculo más grande.

ALF. Cuál? ¿Quién...

FULG. No me ama Leonor.

ALF. Ahora con eso me sales?
Quizá esté algo resentida
de haber sufrido un desaire
que no merecia; pero...

FULG. Yo pasé por ese trance
primero que ella.

ALF. ¿Qué dices!

FULG. Como si ya presagiase
que mi locura tendria

tan infausto desenlace,
venía yo de Valencia
caviloso, vacilante...
Por la Condesa invitado,
ántes que á su puerta llame,
secreto impulso me mueve
á saludar mis hogares.
Viendo, al penetrar en ellos,
de Leonor la pura imágen,
«esta es la dulce consorte,
dijo mi razon triunfante,
que Dios me guarda. Ya unidos
con vínculos fraternales,
¡qué dicha para los dos
cuando el altar los consagre!
Quizá á mi padre, á ella propia
tan grata idea complace,
y en mí el frustrarla sería
una culpa imperdonable.»—
Así inspirado...

ALF. ¿Pediste
su blanca mano...

FULG. Al instante;
pero ella me la negó.

ALF. Comprendo... Y sin más exámen,
te fuiste á la quinta en busca
de consuelos... y contrastes.

FULG. Qué habia de hacer? Aquí
desdenes, allí bondades...

ALF. Desdenes bien merecidos.
Si no fueses un orate,
bien se te hubiera alcanzado
que ya no estaba ignorante
Leonor de tu desvarío,
y que su decoro, el áspid
de los celos...

FULG. No. Sin ira,
sin alterar su semblante
rechazó mi humilde ruego,
y cuando me oyó quejarme
de que para otro tal vez
no era tan inexorable,

no me desmintió.

ALF. (Se levanta, y tambien Fulgencio.)
¿Qué escucho!
No, no es creible. Si de álguien
que no fueses tú se hubiera
prendado, ella, que es un ángel,
no me lo hubiera ocultado.
Hija de tan buena madre,
hija de mi digno amigo,
que en paz eterna descanse,
pupila mía... Imposible!
Ni ojos para otros galanes
puede tener la que sólo
funda su orgullo en mirarte.
(Llamando.)
Leonor!—No, no puede ser.

FULG. ¡Señor...

ALF. Quiero que se aclare
todo, quiero convencerte
de que eres un botarate.
(Llega Leonor por la puerta de la derecha.)

ESCENA II.

D. ALFONSO. FULGENCIO. LEONOR.

ALF. Ven. Tu candor me es notorio,
como á ti mi autoridad.
Jura á Dios decir verdad
y oye mi interrogatorio.
¿Es cierto que te pidió
Fulgencio mano de esposa?

LEONOR. Sí.

ALF. ¿Es cierto que desdeñosa
respondiste con un nó?

LEONOR. Distingo.

ALF. Oiga! ¿Tú tambien...
dialéctica... Explícame eso.

LEONOR. Cierto fué el nó, lo confieso,
pero no lo fué el desden.

ALF. ¿Podré saber el motivo
de esa negativa extraña?

LEONOR. Saber que habia en campaña
dama de más atractivo.
ALF. Has oido?—¿Y su perfidia
castigar quisiste así?
LEONOR. Sí, mas no en él, sino en mí.
ALF. ¿Tuviste celos...
LEONOR. No; envidia.
FULG. Oh! á quién puedes tú envidiar?
¿Á quién...
LEONOR. Yo me explicaré.
No entibió mi ardiente fe
envidia baja y vulgar.
Riquezas que yo no acopio,
ni su título condal,
no envidié yo en mi rival,
sino su mérito propio.
Vi que á su próvida estrella,
para embellecer tus horas,
tantas dotes seductoras
plugo acumular en ella.
Vi que yerto pundonor
te trajo sólo á mi puerta,
teniendo la suya abierta
por la mano del amor;
y como siempre anhelé
tu dicha más que la mia,
y ella el lauro se ceñia
que á mí negado me fué,
he aquí por qué, en mi humildad,
pude, admirando su gracia,
bendecirla sin falacia
y envidiarla sin ruindad.
ALF. Oh celestial criatura!
FULG. Maldigo mi error funesto!
Fué tu desvío...
LEONOR. Supuesto.
FULG. Tu amor á otro...
LEONOR. Impostura.
ALF. ¡Contra ella propia conspira
cuando desamada gime!
FULG. Quién vió virtud más sublime?
ALF. Ni más heróica mentira?

LEONOR. Ay! ¿Cómo mi turbacion
no le dijo que mentia
y en mil pedazos sentia
partírsene el corazon!
ALF. Goza ahora el digno premio...
FULG. ¡Me habia dejado Dios
de su mano!
ALF. Ahora á los dos
acoge en su santo gremio.
(Á Leonor.)
La pasada tempestad
ya en favor tuyo resuelve
el árduo problema y vuelve
sus fueros á la verdad.
Ya su amor no te disputa
rival plebeya ni hidalga.
Ya no hay condesa que valga
y aquí eres reina absoluta.—
Pero ántes que dulces lazos
den paz y gloria á los tres,
(Á Fulgencio.)
póstrate humilde á sus piés.
(Vá á hacerlo Fulgencio, y Leonor le detiene abrazándole.)
LEONOR. No! Más cerca están mis brazos.
ALF. Bien! Justo es que le consueles...
(Poniéndose en medio.)
Ahora á mí los dos.
(Le abrazan Leonor y Fulgencio.)
Qué grupo!
FULG. Oh padre!
LEONOR. Señor!
ALF. No supo
pintarle mejor Apéles.—
Ahora yo mando y exijo
que, á fuer de novios en cierne,
abrevieis cuanto concierne
al congugal regocijo.
Con los brios de un muchacho
me siento ya, y si pudiera,
segunda edicion hiciera
de las bodas de Camacho.

FULG. No ha menester tanto apresto
un amor tan acendrado.
ALF. Bien. Los dos á vuestro grado
arreglad el presupuesto.
Ya entrado en convalecencia,
puedes con tu serafin
dar una vuelta al jardin
miéntras yo escribo á Valencia.
LEONOR. Sí. Bendito sea Dios!
(Leonor y Fulgencio dan un paso hácia el foro.)
ALF. Niño! El brazo á tu señora!
(Le ofrece Fulgencio á Leonor para que se apoye en él, y Leonor invierte la colocacion.)
LEONOR. No! yo soy tu apoyo ahora.
ALF. Y el de mi vejez los dos.
(Desaparecen Leonor y Fulgencio por la puerta del foro.)

ESCENA III.

D. ALFONSO.

Por fin mis votos se cumplen.
Mas ¿cómo, cuando tan cerca
tenia de sí Fulgencio
esa inestimable perla,
pudo caer en la red
de una astuta aventurera;
que tal concepto me debe
por mucho que él encarezca
sus hidalgos sentimientos
y sus distinguidas prendas?
Tal vez, aunque gravemente
la acusan las apariencias,
más digna de compasion
que de vituperio sea;
mas lo que vale mi niña
me dice larga experiencia,
y de la Condesa insigne
¿qué sé? Una ruidosa escena
que costó la vida á un hombre
y en peligro de perderla

puso á mi hijo. ¡Ahí es nada
lo que vá de nuera á nuera!

ESCENA IV.

D. ALFONSO. LUPERCIO.

LUP. (Á la puerta de la derecha.)
Da usted permiso?
ALF. Adelante.
(Entra Lupercio.)
No hay en mi casa etiquetas
para don Lupercio.
LUP. Gracias;
Pero no pido yo vénia
para mí solo.
ALF. Pues ¿quién...
LUP. Mi señora la Condesa
de Fonsalubre...
ALF. Ella! Extraño
que á visitarnos se atreva...
LUP. Chist! Por Dios, que lo está oyendo!
ALF. Es demasiada imprudencia,
por no decir otra cosa. .

ESCENA V.

D. ALFONSO. LUPERCIO. La CONDESA.

COND. Por no decir desvergüenza:
no es verdad?
ALF. Señora... Yo...
COND. Qué delito ó qué vileza
he cometido que me hagan
merecer tan dura afrenta?
ALF. No soy juez ni acusador
de usted. Mas si su conciencia
de nada la arguye, al ménos
aquí de la mala estrella
en que sin duda nació
se ha llorado la influencia.
¿Cómo he de ver á mi lado,

sin que el rostro se me encienda
á quien infausta ocasion
fué de la horrible tragedia
que de una familia honrada
vino á amargar la existencia?

LUP. Ella no la provocó,
sino la índole aviesa
del hombre desatentado
de cuya atroz insolencia
fué ley de honor en Fulgencio
tomar venganza sangrienta.

ALF. Con sangre en fin está escrita
aventura tan funesta,
y la de aquel infeliz
no tiñó sólo la arena,
sino la mia tambien.

COND. Ay porque no se vertiera
una gota de esa sangre
generosa en mi defensa,
hubiera yo derramado
toda la que hay en mis venas.
¿Y debia yo mirar
con glacial indiferencia
tan deplorable suceso?
¿Y para quién que no tenga
helado su corazon
no es, señor, sagrada deuda
la gratitud? Aunque pese
no merecido anatema
sobre mi frente, debia
pedir á Dios con acerbas
lágrimas y ardientes ruegos
que una vida por mí expuesta
conservase; y cuando tanto
su curacion me consuela,
tengo derecho, señor,
como cristiana siquiera!,
para darle el parabien
que á un extraño no se niega.

ALF. Señora... (Me ha conmovido.)
ni tan sentidas querellas
debo yo extrañar, ni en mi alma

villano rencor se alberga.
Tal vez el amor de padre,
que está sujeto á flaquezas
como todos, me ha ofuscado;
pero despues de una prueba
tan cruel, no es decoroso
ni permite la prudencia
que haya íntimas relaciones
entre usted y yo, Condesa.
Si con obtener mi aprecío
no queda usted satisfecha,
y de dulces esperanzas
todavía se alimenta
que Dios no quiere cumplir,
lo sentiré muy de véras.
De los ojos de Fulgencio
cayó por siempre la venda
que los ha cegado, y pronto
la bendicion de la iglesia
le unirá...

COND. Con su pupila
de usted.

LUP. (Adios mi estratégia!)

ALF. Sí, Leonor...

COND. Sea mil veces
y otras mil en hora buena.

ALF. ¡Cómo!...

COND. Señor Don Alfonso,
sin pesar y sin sorpresa
lo digo; que el alma ya
me presagiaba esa nueva.

ALF. ¿Será posible, Señora,
que usted con frente serena
vea en la de otra mujer
brillar la nupcial diadema
que anhelaba...

COND. ¿Por qué no,
si Dios y el amor lo ordenan,
y el bien parecer lo exige,
y la razon lo aconseja?
¿Quién más que yo hace justicia
á la virginal modestia

y á la gracia singular
de esa jóven hechicera?
Sin que oyese yo en los labios
de Fulgencio la protesta
de que ni él ni ella pensaban
en los lazos que hoy estrechan,
no hubiera arrostrado yo
tan temible competencia.

ALF. (Ap. con Lupercio.)
Tanta abnegacion me asombra.

LUP. Oh! en su alma está la nobleza
más que en su título.

COND. Acaso
pensará usted que me fuerza
la triste necesidad
á hablarle de esta manera,
mintiendo humildad estóica
mi reprimida soberbia.
No! Desde que ví á Fulgencio,
toda mi alma sin reserva
fué suya...
(Sollozando.) ¡Y lo es todavía
aunque á mis piés no le vea!—
Mas de mi tierno cariño
no ha empañado la pureza
sensual delirio. Amaestrada
desde muy niña en la escuela
del dolor y el infortunio,
en más elevada esfera
más alto timbre anhelaba,
y aunque á mí no me la deba,
bendeciré la ventura
que en brazos de otra le espera.

ALF. Mujer admirable! ¿á quién
no persuade esa elocuencia
nacida del corazon?
¿Quién le tendrá tan de piedra
que, viendo á tus bellos ojos
llorar así, no te absuelva?—
Qué digo absolverte? No:
donde no hay culpa no hay pena.

COND. Ay! sí; que si puedo ahora

protestar de mi inocencia,
no siempre de la virtud
seguí yo la áspera senda,
y no me es dado aceptar
tan generosa indulgencia
sin que juzgue usted primero
si puedo ó no merecerla.

ALF. No; á mí me basta...

COND. Á mí no.
Aunque por villana lengua
proferido, es harto grave,
señor, el cargo que pesa
sobre mí, para que yo
pueda excusar la sincera
confesion que ruego á usted
oiga con benevolencia.

ALF. Señora...

COND. (Á Lupercio, que se retiraba.)
¿Por qué alejarse,
Lupercio? Cuando resuelta
quiero qne á la absolucion
preceda la penitencia,
qué importa un testigo más?
Ántes serlo usted me alienta,
¡usted mi probado amigo...
y el único que me resta!

LUP. Ah! sí, yo juro...

COND. Quince años,
Señor, tenía yo apénas
cuando con blandas lisonjas
y con mentidas promesas,
un hombre en hora menguada
cautivó mi alma inexperta.
Entre su padre y el mio
habia habido reyertas,
pleitos... Sea esta la causa
ó que mayor conveniencia
viese el mio en otra boda
que de mi gusto no era,
al que preferia yo
cerró con ira la puerta.
Así, en lugar de entibiarse,

cobró—ay de mí! mas violencia
mi mal nacida pasion,
y tanto, que ilusa, ciega,
me dejé robar...

ALF. Oh cielos!
¿Tu nombre, tu residencia ..

COND. María Monfort.

ALF. Ah! sí,
ella es!

COND. Nací en Orihuela..

ALF. Ella, sí!

COND. Qué! ¿usted sabía...

ALF. Sí. Prosigue. (Oh Providencia!)

COND. Ay Dios! Como una de tantas
heroínas de novela,
con una carta ridícula
creí subsanar mi mengua.
Siguiendo al vil seductor
viajé á Alicante, á Valencia,
á París... ¡Y nunca el dia
llegaba de que cumpliera
su palabra! ¡Y fruto amargo
fué de mi locura extrema
el desprecio del amante
tras la maldicion paterna.

ALF. Pobre María!

COND. Los vicios
á que se entregó sin rienda,
pronto en odio convirtieron
aquella culpable y necia
pasion; ¡mas yo no podia
romper la infame cadena
que á mi pesar arrastraba!—
Abrumado, en fin, de deudas...,
quizá de remordimientos,
«libre soy, libre te quedas,
me dijo. Miéntras yo busco
mejor fortuna en Brusélas,
jóven y hermosa, tú aquí,
si te espanta la miseria,
puedes reirte del mundo
y dar envidia á las reinas.»

LUP. Malvado!
COND. Á tal abandono
y á tan bárbara blasfemia
creí no sobrevivir;
mas Dios me dió fortaleza
para sufrir resignada
la merecida sentencia
de mi negra culpa.—Áun pudo
admitir ricas ofrendas
este ídolo derrocado;
mas, vistiendo tosca jerga,
de San Vicente de Paul
ser preferí humilde sierva.
Dios probó mi noviciado
con una horrible epidemia.
De hospital en hospital
mil riesgos arrostré en ella,
y por la gracia divina
salí de todos ilesa.
LUP. Noble amiga!
ALF. Dios es grande.
COND. Áun de su bondad inmensa
me dió otra prueba mayor.
Mi activa beneficencia
tal fama llegó á cobrar,
que no hubo enfermo ni enferma
en París que no quisiese
tenerme á su cabecera.
Llegó el turno, cuando ya
iba el mal en decadencia,
á un comerciante español.
Creia su hora postrera
llegada ya, y cuando libre
se vió de la fiebre horrenda,
se obstinó en que sólo á mí,
no al médico y sus recetas,
no á su buena complexion,
debió la convalecencia;
y á mi mano atribuyendo
virtudes de panacea,
me la pidió enamorado.
Rehusé con todas mis fuerzas

tanta honra, y le referí
mi historia; y con esta ingenua
confesion mia, muy léjos
de desistir de su idea,
por piedad ó por amor
más y más se aferró en ella.
Viendo yo comprometida
con mi tenaz resistencia
su salud mal recobrada,
aunque con la edad provecta
frisaba, y yo de la mia
estaba en la primavera,
vencida, al fin, de sus ruegos,
acepté la noble oferta
que al seno me devolvia,
en premio de mi paciencia,
de la humana sociedad,
¡tan justamente severa
con la mujer desdichada
que sus fueros atropella!

ALF. Severa, sí, y áun cruel
con la que en llanto y pobreza
yace abismada; indulgente
por demas y placentera
con la que en trenes lujosos
laureado su vicio ostenta.
Si de tus gracias, como otras,
hubieras hecho almoneda;
y la mercancía vil
con su pabellon cubriera
algun arrogante Creso;
y con vistosas libreas
cien lacayos te sirviesen;
y á la insaciable caterva
de parásitos serviles,
hoy con opípara mesa
brindáras, con un gran baile
mañana en salas espléndidas,
modelo te llamarian
del donaire, archiprincesa
de la moda; y no esquiváran
los que á la fortuna inciensan

á tu tocador visitas
ó á tu antesala tarjetas;
y cien lentes á la par
devoráran tu platea;
y á porfía cien ginetes
rodeáran tu carretela;
y nadie se cuidaria
de saber tu procedencia.

COND. Ay, señor!
(Se echa en los brazos de D. Alfonso.)

LUP. Soy un idiota,
ó la mujer fuerte es esta
de quien dice la Escritura
que se busca y no se encuentra.

COND. Justo era obtener primero
el perdon y la licencia
de mis padres, y esperando
que en mi favor interceda,
al Cura de mi parroquia
me dirijo... Ay! su respuesta
fué lacónica y amarga.
La carta me fué devuelta,
y con mi fe de bautismo,
bajo la misma cubierta,
dos de defuncion... Ay triste

ALF. Quizá la propia dolencia
que arrostraste tú con tanto
denuedo á orilla del Sena,
á tu padre y á tu madre
abrió en un dia la huesa.
Mas sírvate de consuelo,
si tan dolorosa pérdida
lo consiente, que tu padre
pronunció en la hora suprema
tu perdon.

COND. Oh Dios piadoso!—
¿Y... mi madre...

ALF. Oh! no la ofendas
con dudarlo: era una santa,
y cuando santa no fuera,
las madres siempre perdonan!

COND. Madre mia!...

ALF. En fin—abrevia—
te casaste con el Conde...
OND. Todavia no lo era.
Orillados sus negocios,
conmigo se hizo á la vela
para Cuba;—era su patria.
Feliz en cuantas empresas
acomete, su caudal
con rapidez se acrecienta;
y su bondad era tanta,
que á mi virtud, no á su ciencia,
creyó deber su pasmosa,
prosperidad.—Mi tristeza
profunda logró calmar
consagrándose sin tregua
á prevenir mis deseos,
colmándome de finezas
y adoraciones.—Duró
sólo diez años aquella
dulce y venturosa union,
cuyo recuerdo venera
y bendice mi alma.
ALF. Es justo.
COND. En melancólica inercia
sumida despues, la vida
me era ya carga molesta,
cuando á nueva y más cruel
expiacion me condena
un vano sueño... Ah! ¿qué son
los blasones, las riquezas
que tantas me envidiarán?
¡Yo en la última indigencia
preferiria vivir,
si al ménos la suerte adversa
todas tus fuentes de amor,
próvida Naturaleza,
no me hubiese ya cegado!
Pobre de mí! ¿qué me queda,
rotos ya todos los vínculos
que me unian á la tierra?
ALF. No, María; todos no.
La inagotable clemencia

de Dios goces no esperados
á tu fe, á tu amor reserva.

COND. ¡Cómo...

LUP. (¿Qué será...)

ALF. (Llamando desde el foro.)
Leonor!
Fulgencio!—Venid apriesa.

ESCENA ÚLTIMA.

La CONDESA. D. ALFONSO. LUPERCIO. LEONOR. FULGENCIO.

LEONOR. Ella!
FULG. Ah!
ALF. Y con suma alegría
la recibo: no te admires.

FULG. ¡Cómo...

ALF. Oidme.
(Á Leonor.)
No la mires
de reojo tú, hija mia.

LEONOR. Yo...

ALF. (Á Fulgencio.)
El que ejerció sobre ti
no era prestigio siniestro,
no. Para su bien y el nuestro
Dios la ha conducido aquí.
(Á la Condesa.)
Dios, que en dura adversidad
tu virtud acrisoló,
no te ha condenado, no,
á perpetua soledad.
No para ti el cielo santo
ha cegado vengador
todas las fuentes de amor,
sino todas las de llanto.—
Cuando léjos de tu padre
te llevó fatal desliz,
no sabías tú, infeliz,...
que estaba en cinta tu madre!

COND. (Grito indefinible.)

Ah!

LEONOR. Gran Dios!...

LUP. Qué oigo!

FULG. María!

ALF. Y el fruto de bendicion
que consoló su afliccion
fué...

COND. Leonor!

(Corren las dos, una en brazos de otra.)

LEONOR. Sí!

COND. Hermana mia!

ALF. (Á Leonor.)
Sí, esta es tu llorada hermana,
que al fin viene á honrar mi techo,
y en cuya busca hemos hecho
tanta diligencia vana.

COND. (Queriendo arrdillarse.)
¿Cómo á tus piés no me humillo,
en vez de...

LEONOR. (Apretándola en sus brazos.)
No; aquí en mi seno,
que al verte en él ¡me enajeno!

LUP. Yo lloro como un chiquillo.

FULG. (Á la Condesa.)
Yo soy, yo, quien tu perdon
implorar debo postrado...

COND. (Deteniéndole.)
Qué! no hay todavía un lado
para mí en tu corazon?
Nuestra mutua simpatía
misterio ha sido de Dios,
y amar puedes á las dos;
sin mengua tuya ni mia:
á ella porque no hay mujer
más digna de amor; á mí
porque su hermana nací...
y su madre puedo ser.

LEONOR. Mi madre! Oh! no digas tal.
Á tu gala y discrecion
yo rendí mi pabellon
áun creyéndote rival.

COND. Y yo, porque obraba en mi alma

oculto presentimiento,
tenía remordimiento
de disputarte la palma.

ALF. Y vuestra rivalidad,
que el cielo premia y sublima,
ha sido incesante esgrima
de nobleza y lealtad.
(Abrazando y besando á Leonor.)

COND. Deja que otra vez te bese,
espejo de la pureza,
y en tu celeste belleza
extática me embelese.
(Á Fulgencio, dándole la mano.)
Tú mi fe pura y sincera
recibe...

ALF. En tus brazos!

FULG. (Abrazándola.) Sí!

COND. No hay ya levadura en mí;
que ese ángel me regenera.

LUP. (Á D. Alfonso.)
La oye usted?

ALF. Es peregrina!

COND. Miéntras yo ensalzo y bendigo,
porque tanto bien consigo,
la Providencia Divina,
gozad dichosos, gozad
el terreno paraíso
de que desterraros quiso
mi halagüeña ceguedad.

FULG. Ah! no...

LUP. (Con cómica compuncion.)
Yo la sierpe fuí
que...

COND. Dios, más padre que juez,
le ha abierto segunda vez
para ellos y para mí.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no tengo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 9 de Diciembre de 1862.

El censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

ta y María.
rid en 1818.
ridá vista de pájaro.
sobre hojuelas.

o y Blanco.
ono se entiende, ó un hom-
timido.
eza contra nobleza.
s todo oro lo que reluce.

pia.

sito de enmienda.
rá rio revuelto.
lla y por él.
heridas las de honor, ó el
gravio del Cid.
puerta del jardin.
oso caballero es D. Dinero.
os veniales.
io y castigo, ó la conquis-
de Ronda.

convido al Coronel!...
mucho abarca.
uerte lo mial
o es el autor?

lén es el padre?

peca.
al y amigo.

imágen.
salvó el honor.
nto y peana.
an Isidro *(Patron de Madrid.)*
ueños de amor y ambicion.
in prueba plena
obresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato áquemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un sí y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

es y Medoro.
de bueno ley.
mas leo.

ina la Gitana.
y Marte.
y Flora.

nando.
lariquita.
isanto, ó el Alcalde pro-
r.

iller.
rino.
yo de una ópera.
iero y la maja.
o del hortelano.
a y en Marruecos
en la ratonera.
io mono.
de carnaval.
io (drama lírico)
llon de la Rioja *(Música)*
nde de Letorices.

El mundo á escape.
El capitan español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. *(Música.)*
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro ominibus.
Las bodas de Juanita. *(Música.)*
Los dos llamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
La Jardinera *(Música)*
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.

Mateo y Matea.
Moreto. *(Música.)*

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo

ccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, undo de la izquierda.

PUNTOS DE VENT

MADRID: Libreria de Cuesta, calle de Caras, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra.....	Robles.
Albacete.....	Perez.
Alcoy.....	Martí.
Algeciras.....	Almenara.
Alicante.....	Ibarra.
Almeria.....	Alvarez.
Avila.....	Lopez.
Badajoz.....	Ordoñez.
Barcelona.....	Sucesor de Mayol.
Idem.....	Cerdá.
Bejar.....	Coron.
Bilbao.....	Astuy.
Burgos.....	Hervias.
Cáceres.....	Valiente.
Cádiz.....	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena.....	Muñoz Garcia.
Castellon.....	Perales.
Ceuta.....	Molina.
Ciudad-Real....	Arellano.
Ciudad-Rodrigo.	Tejeda.
Córdoba.....	Lozano.
Coruña.....	Lago.
Cuenca.....	Mariana.
Ecija.....	Giuli.
Ferrol.....	Taxonera.
Figueras.....	Bosch.
Gerona.....	Dorca.
Gijon.....	Crespo y Cruz.
Granada.....	Zamora.
Guadalajara.....	Oñana.
Habana.....	Charlain y Fernz.
Haro.....	Quintana.
Huelva.....	Osorno.
Huesca.....	Guillen.
I. de Puerto-Rico.	José Mestre.
Jaen.....	Idalgo.
Jerez.....	Alvarez.
Leon.....	Viuda de Miñon.
Lérida.....	Sol.
Logroño.....	Verdejo.
Lorca.....	Gomez.
Lucena.....	Cabeza.
Lugo.....	Viuda de Pujol.
Mahon.....	Vinent.
Málaga.....	Taboadela.
Idem.....	Moya.
Mataró.....	Clavel.
Murcía.....	Hered. de Andrio
Orense.....	Robles.
Orihuela.....	Berruezo.
Osuna.....	Montero.
Oviedo.....	Martinez.
Palencia.....	utierrez é hijo
Palma.....	elabert.
Pamplona.....	rrena.
Pontevedra.....	rea y Vila.
Pto. de Sta. Maria	derrama.
Reus.....	us.
Ronda.....	Gierrez.
Salamanca.....	Hibra.
San Fernando...	Mainez.
Sanlúcar.....	Es r.
Sta. C. de Tenerife	Po r.
Santander.....	Hernandez.
Santiago.....	Escbano.
San Sebastian...	Garida.
Segorbe.....	Menal.
Segovia.....	Salceo.
Sevilla.....	Alvar y Comp
Soria.....	Rioja.
Talavera.....	Castro
Tarragona.....	Font.
Teruel.....	Baquedno.
Toledo.....	Hernanez.
Toro.....	Tejedor
Valencia.....	Mariana Sanz.
Valladolid.....	H. de Rodrigue
Vigo.....	Fernande Dios
Villan.ª y Geltrú.	Creus.
Vitoria.....	Illana.
Ubeda.....	Bengoa.
Zamora.....	Fuertes.
Zaragoza.....	Lac.